

Historia del Padre Andrés Sola. San Joaquín

Soy Andrés Solá y Molist, Sacerdote Misionero Claretiano. Nací el 7 de octubre de 1895 en la masía de can Villarrasa (Santa Eugenia de Berga), municipio de Taradell de la Provincia de Barcelona. Mis padres fueron Buenaventura Solá y Comas y Antonia Molist y Benet. Siendo humildes campesinos supieron transmitir a mis hermanos y a mí una sólida piedad cristiana.

Siendo adolescente, la predicación de un misionero claretiano en mi pueblo motivó mi vocación por la vida religiosa; ingresé como postulante de la Congregación de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María (Claretianos) en la ciudad de Vic, el 27 de octubre de 1909.

En Julio de 1913 inicié el Noviciado y el 15 de agosto de 1914 profesé los votos religiosos, comprometiéndome a vivir en comunidad, buscando en todo la Gloria de Dios, la propia santificación y la salvación de los hombres de todo el mundo (CC. 2).

Después de 8 años de formación misionera, el 23 de septiembre de 1922 recibí la Ordenación Sacerdotal. Más tarde fui destinado por los superiores a México a donde llegué el 20 de agosto de 1923.

Dejada la Patria y la Familia, puse todas mis dotes al servicio misionero de la Palabra de Dios, me desempeñé como catedrático y como predicador en la Cd. De Toluca y en numerosos pueblos de la comarca.

En diciembre de 1924 fui enviado a León, Gto. En este tiempo se agudizaron las persecuciones contra la Iglesia en todo el país, especialmente en la zona de León y sus alrededores. A pesar de los tiempos violentos, desempeñé mi servicio misionero con audacia e intrepidez.

El 24 de abril de 1927 fui arrestado por la milicia y puesto en prisión con P. J. Trinidad Rangel y el Laico Leonardo Pérez. El día siguiente, el 25 de abril, fuimos trasladados en el ferrocarril al lugar del martirio, al Rancho de San Joaquín. Se nos acusaba de haber participado en la guerra civil y el descarrilamiento de un tren, justamente en el lugar donde nos esperaba la muerte. Nos conducían al martirio injustamente. Nunca fuimos partidarios de la violencia. Nuestras únicas armas tomadas habían sido el santo rosario y El Evangelio de Jesucristo.

Durante el trayecto, mediante la confesión y el consejo, pude fortalecer la fe y la esperanza de mis compañeros mártires.

Llegados al destino nos bajaron del tren y nos hicieron caminar cerca de cincuenta metros. Nos vendaron los ojos, nos colocaron de rodillas y, con grande saña, nos dispararon. Al instante murieron mis dos compañeros. En cambio, yo emulando al

crucificado, me mantuve vivo cerca de tres horas derramando mi sangre. Esto me dio tiempo para dejar mi testimonio al Sr. Petronilo Flores, un jornalero de la región que me asistió con gran caridad. Le pedí de manera especial comunicara a mi madre que tenía un hijo mártir. Muero injustamente y perdonando a mis verdugos. Amén.